

## CARACTERES ANTIGUOS.



La Castellana.

### LA CASTELLANA.

(Siglo XII.)

Vamos á hablar de la castellana de la edad media, modesta y sencilla en las costumbres como en el traje. Retirada á un castillo semejante al nido del águila en cuanto á lo inaccesible de su situacion entre riscos, ó edificado en lo mas escondido de las profundas gargantas que forman ásperas montañas, vivia la castellana sin saber sino muy poco las costumbres de las ciudades, separadas del castillo por intrincados desiertos, incultos campos, y rios sin puentes. Discurrían así sus dias con

Abril 25 de 1852.

la misma calma y sosiego que las claras y transparentes ondas de la fuente de su castillo, con una monotonía igual á la del canto de las cigarras en los abrasados árboles, y con una tristeza idéntica á la del siniestro graznido del cuervo y del buho que anidaban en los huecos de las sombrías torres.

Ese eterno fastidio hallaba muy rara ocasion de distraerse. La noble señora del castillo con una vigilancia comparable á la de la rubia compañera de Títon, ya desde la mañana llamaba al mayordomo, y arreglaba con él la cuenta del gasto de la víspera, y le entregaba el dinero necesario para el gasto del dia: llena de infatigable actividad, daba las órdenes necesarias y por sí misma examinaba las estancias,

galerías y oscuros corredores, recorría el horreo y la bodega, viéndolo y tocándolo todo con sus manos y con sus ojos.

A eso de las doce del dia rodeaba á la castellana un enjambre de doncellas de pocos años, señoritas de su séquito, candidoras y traviesas criaturas, cuya bullíciosa alegría contrastaba admirablemente con la habitual severidad de la noble dama. Proponíase entonces ir á herborizar en las praderas y collados, pues hay que notar que no solo las castellanas y doncellas de su séquito, sino hasta las reinas y princesas aprendían en aquellos tiempos el arte de curar, mediante la aplicacion de algunas yerbas, las heridas de los caballeros recibidas en batallas y torneos. Esto prueba que las mugeres en la media edad

Album pintoresco. 4

se aplicaban á ciertos estudios médicos hoy desconocidos y difíciles de determinar; y en efecto, en tiempo de Carlos V de Francia, las mugeres ejercían públicamente la cirugía, según lo confirma un edicto de 19 de octubre de 1364 en que se hace mención de los cirujanos, y *cirujanas* del vizcondado de París. Muy pocas veces la castellana se alejaba mucho de su tétrica mansión, antes prefería contemplar silenciosa desde el alto torreón las maravillas de la florida naturaleza, el encendido horizonte, y los espantosos precipicios é insondables abismos; prefería escuchar el agudo silbido del viento agitando los fresnos y abetos. No obstante, gustaba de los placeres de la caza, de la destreza del halcón en atacar á las aves mas débiles, y del valor en defenderse de las mas fuertes, como del buitre, del milano y otras.

El bordar constituía la principal labor de la señora del castillo, y trabajaba con ardor en esos tapices que admiramos todavía en los tesoros de varias catedrales; y que son como bellas epopeyas que nos dan á conocer los trages, usos, heroicas expediciones y acciones gloriosas de nuestros antepasados: poemas compuestos á la aguja, que ora representan los misterios de la religión y milagros de los santos, ora los altos hechos y portentosas hazañas de los guerreros. El hermano Jacobo Doublet dice que Berta, la de grandes pies, madre de Carlo-Magno, en los tejidos que trabajaba muy á menudo, representaba las altas hazañas de los paladines; y se atribuye á la reina Matilde, esposa de Guillermo el Bastardo, ó á la emperatriz Matilde, hija de Enrique I, rey de Inglaterra, la admirable tapicería de Bayeux «*estofa, muy larga bordada, con imágenes y escritura, en que se ve la conquista de Inglaterra,*» como se lee en el inventario hecho en 1476 y depositado en el tesoro de la catedral de Bayeux, antigua ciudad de Neustria. Por último, Guillermo de Nangis afirma en su crónica, que la duquesa Gonnor, esposa de Ricardo I, duque de Normandía, «trabajó telas de toda clase de sedas y bordados, de historias é imágenes de la Virgen María y de los santos, para adornar la iglesia de Nuestra Señora de Ruan.» Tales fueron las distracciones de las nobles castellanas; por la tarde bordaban una cota de armas para su señor, ó una silla para su corcel, ó túnicas para sus pages y escuderos, etc.; mientras tanto que los de la servidumbre estaban escuchando las relaciones y cantos de los juglares y trobadores. La castellana no se ponía sus magníficos vestidos y su manto forrado de finisimas pieles sino para presidir las justas y conceder el premio á los mas valerosos campeones.

## EPISODIO HISTÓRICO

### DE LA REVOLUCION DE HUNGRIA.

#### I.

Pocos paisajes ofrecen la poesía y el encanto que los alrededores de Buda; un largo y ancho río, una planicie arenosa, cuyos límites se pierden en las vagas profundidades de un inmenso horizonte; un anfiteatro que forman múltiples, desiguales y no elevadas montañas, y un terreno adornado de una vegetación lozana, ofrecen á los ojos del menos entusiasta por las galas de la naturaleza un panorama encantador.

En este poético sitio, al lado de un arroyo cuyas transparentes y siempre pacíficas aguas serpenteaban entre el verdor de sus desiguales orillas, estaba una joven húngara cuidando un pequeño rebaño de caballos, que echados unos y brincando otros con no aprendidas corbetas, gozaban de la nunca abusada libertad que su débil guarda les concedía, teniéndoles al instante obedientes á la suave llamada que con femenino acento les dirigía. Ahora se cuidaba poco la joven del ganado que la habian encomendado. Abismada en sus pensamientos, dejaba en entera libertad á aquel rebaño de intrépidos animales, que se esparcían mas de lo acostumbrado por aquellas verdosas planicies, cual si trataran de aprovechar el descuido de su guarda.

Esta se hallaba sentada en el suelo, apoyando los codos sobre las rodillas, y sobre ambas manos la cabeza. De rato en rato la levantaba y dirigía al frente y á los lados una investigadora mirada; pero nada veía, y tornaba á sepultar su cabeza entre las manos, sumergiéndose nuevamente su espíritu en profundas y tristes meditaciones, que hicieron brotar lágrimas de sus ojos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó con doloroso acento y no con rústica elocuencia; ¿á dónde fué la tranquilidad de mi alma, la alegría de mi corazón?... pero qué digo, ¿dónde está la calma y el contento de todo mi país? Ya no bailan mis compañeras, ni los jóvenes; ya los que ayer nos amaban solícitos, no nos ven hoy, y en vez de reunirse con nosotras se reúnen solos; hablan en secreto, y sus miradas llenas antes de amor lo están hoy de ira; sus alegres semblantes están tristes, y si alguna vez nos hablan, pronuncian palabras tan misteriosas que nos hacen temblar.... ¡Dios mio! ¿qué es lo que pasa en la antes alegre Buda, y ahora tan triste?... Esteban, Esteban, ¿también lloras tú? Dos dias han pasado ya sin que vengas á verme; dos dias que no te veo sobre tu brioso alazan, que parece participar de tu alegría cuando llegas á este sitio, pues trisca y juguetea placentero; y en tanto que tú conversas conmigo corre él á unirse con sus compañeros. Esteban ¿no me amas ya? ¡Oh Dios mio, no quiero abrigar pensamiento tan horrible!

Y la pobre joven lloraba copiosamente.

#### II.

Abismada en su llanto, no pudo ver que Esteban el *Csikos*, que significa pastor en lenguaje húngaro, se dirigía hácia ella, ginele sobre un arrogante caballo. Con su prolongado y puntiagudo bigote, sus largas y desgredadas melenas, su sombrero bajo de anchas alas, y su luenga túnica, declaraban á todos su profesion de pastor.

Se acercaba al sitio donde estaba la joven, y sorprendiale hallarla inmóvil en la postura que ya hemos descrito. Aguijoneó el caballo y llegó en breve á su lado, sin que ella aun le sintiera. ¡Tan abismada estaba en sus tristes pensamientos! Se apeó, detúvose un momento contemplándola, y cruzando los brazos:

—Isabel, dijo.

Levantó ésta repentinamente la cabeza, le miró con asombro, permaneció un momento indecisa, y se arrojó luego en sus brazos, diciéndole:

—Esteban, Esteban.... y las lágrimas ahogaban sus palabras.

—No llores, Isabel... no te he abandonado, ni te abandonaré aunque voy á separarme de ti.

—¡A separarte de mí!

—Si... es preciso.

—Oh, no, no...

—Y no solo me separaré de tí, sino que voy á llevarte tu ganado.

—¿Mis caballos?

—Si.

—Calla, lleva tambien mi vida. ¿Cómo podré vivir separada de tí, y sin esos alegres animales que juguetean en mi alrededor para ahuyentar mi tristeza? Imposible, Esteban.

—Oye, Isabel. Solo en el mundo, como tú, solo amo tres cosas: á Dios, á la patria y á tí. Se ofende á Dios cuando se esclaviza y se ultraja á la patria; esta llama á sus hijos... ¿querrás detenerlos tú? ¿querrás que pierda hasta el honor de húngaro? ¿querrás que sea yo indigno de tí? No, Isabel, no. No llores, serénate y escucha. La Hungría toda se va á levantar á conquistar su independencia; todo está ya dispuesto; por eso no he venido á verte en dos dias. Hoy mismo se forma en Buda un ejército, y se están recogiendo todos los caballos; no te robo los tuyos; tu amo es nuestro gefe y me manda por ellos....

—Basta, Esteban. basta; corre á pelear, llévate los caballos, yo tambien voy y venceré á tu lado ó moriré contigo.

—Bien, Isabel, bien te sienta ese entusiasmo. Ven á Buda, ven: presenciarás el ardimiento de los budenses, y tú, y todas las mugeres quedareis tejiendo las coronas para los triunfadores, ó rezando plegarias para los muertos.

Dió Isabel un grito á su ganado, tocó Esteban su cuerno, y al instante corrió á ellos aquella alegre tropa, triscando con erguido cuello y alzando su poblada cola que movian con elegantes ondulaciones.

#### III.

Al llegar Isabel y Esteban á Buda ya estaba la poblacion en movimiento. Se habia dado el grito de independencia y corrían todos presurosos á las armas. Algunos húsares á caballo iban reuniendo á los paisanos, que llenos de patriótico entusiasmo les rodeaban y corrían á inscribirse bajo las banderas de la nacionalidad húngara.

Cantando el grito de guerra nacional marchaban todos, contentos de empuñar las armas. Un grupo de estos pasó al lado de Esteban, y cuando le vieron corrieron á él y le cercaron.

Esteban tenia justa fama de buen ginele y de valiente entre todos sus compañeros, que al rodearle le impelieron á que fuera á su cabeza. Dejó á Isabel y corrió delante de ellos. La joven no pudo seguirle; se le perdió entre la inmensa multitud.

Las jóvenes paseaban tambien las calles entonando himnos que entusiasmaban el amor patrio de los hombres, é Isabel se unió á un grupo de compañeras suyas; mas no á cantar, la infeliz lloraba.

Esteban organizó su gente, y desde entonces comenzó la lucha en la poblacion; á los cantos sucedieron los cañorazos. Los croatas no siguieron á sus compatriotas los húngaros y les combatieron. Y como guarnecían á Buda quedaron dueños de la ciudad.

Los budenses que proclamaron la independencia de la Hungría corrieron á Pest, donde estaba el centro de la insurreccion. Allí fué Esteban al frente de cien compañeros, que formaron un escuadrón titulado de *csikos*, pastores. Los importantes servicios que rindieron estos rústicos soldados de la libertad, solo pueden compararse á los que prestó nuestro Viriato en lo antiguo, nuestro Empecinado, Mina y Merino en lo moderno, peleando contra estran-

geros por la independencia de España. Los *csikos* con sus terribles lazos, destrozaban por do quiera á los austriacos, y los arrojan de la capital, de Comoorn, los baten completamente en Nagy-Sarló, á pesar de la llegada del general Welden, que acudió á reemplazar al débil Windisch-graetz.

Entonces fué cuando el austriaco acudió á la Rusia pidiendo su intervencion. Asi el triste heredero de aquel Carlos V que habia pretendido el imperio universal, se vió reducido á firmar el decreto de su decadencia moral, aceptando el protectorado de una potencia largo tiempo rival; y el mundo entero fué convidado al espectáculo de la lucha de un pequeño pueblo contra las dos mas grandes naciones de la Europa Oriental: lucha digna bajo todos aspectos y del nombre de guerra de gigantes.

## IV.

Durante las negociaciones austro-rusas, la dieta que tenia sus sesiones en Debrecin, en la iglesia de las reformas, habia pronunciado el 14 de abril de 1848, en virtud de una proposicion de Kossuth, su segregacion de la casa imperial de Austria, y como cumplimiento de esta medida, nombrado gobernador general del reino, hasta nueva orden al mismo Kossuth. Constituyó éste el poder, nombró un ministerio, y se ocupó en seguida de la toma de Buda, la capital gemela, en poder de los austriacos, bajo las órdenes del general Henri. Otros querian se persiguiera antes al enemigo hasta las puertas de Viena, para dictar vencedores las condiciones de paz. Discutíase sobre esto en el consejo, cuando fué invadida de repente la sala, y se presentó una tropa de húngaros con Esteban á la cabeza. Disgustó á Kossuth aquel acto; pero se detuvo ante él respetuoso Esteban, y con el sombrero en la mano, dijo con rústica franqueza:

—Perdonad, señores, si interrumpimos; pero se trata de salvar la patria, y para esta no hay obstáculos. Soy de Buda, y los que me siguen: los *csikos* que hemos derrotado á los enemigos en tantos encuentros. Aun tenemos amigos dentro de Buda: conocemos bien la poblacion: venga con nosotros alguna mas fuerza, y Buda será conquistada: sino respondemos con nuestra cabeza:

—Si, si, repitieron todos.

Kossuth y los ministros consideraron como providencial aquella irrupcion de ardientes patriotas y en el acto acordaron la toma de Buda. Parte Georgey á la cabeza de las tropas y sitia á Buda. La resistencia fué tenaz. Henri con sus croatas se defendia desesperadamente. Los *csikos* empiezan á escalar las murallas, pero son arrojados de ellas: vuelven á tomarlas, y cuando se ostentaba ya el pabellon húngaro encima de una de las puertas mas combatidas y se la queria derribar á hachazos, una jóven la abre y da entrada á los húngaros, que reconocidos por tanto heroismo la elevan sobre todos y la llevan en triunfo.

Esta jóven era Isabel.

Al llegar á la plaza esta procesion triunfante, llegaba otra. Eran los *csikos* que conducian de la misma manera á Esteban.

Los dos se abrazaron; los dos eran los humildes pastores de Buda. ¡Los dos fueron los héroes de aquella jornada!

A. PIRALA.

## NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

PROVERBIO EN TRES PARTES

POR M. EUGENIO SCRIBE.

(Continuacion.)

PRIMERA PARTE.

ESCENA III.

VETWER, á quien ENRIQUE acaba de abrir la puerta del fondo.

VETWER, con tono brusco.

Se acostumbra en esta casa tener á la gente detenida dos horas en la puerta. (*Entra con los peores modos del mundo; arroja el baston y el sombrero sobre una mesa, y se sienta en un sillón, dando frente á Enrique.*) ¡Caballero, nunca he sido aficionado á andar por las ramas!... Me debeis tres mil francos de pomadas y perfumes, y ó me pagais inmediatamente, ú os presento ante un tribunal para que os echen el guante y os metan en chirona... ¡Cuerno! Mi honradez es proverbial: tengo hijos, y en materia de intereses soy un tirano, un Caligula... No puedo remediarlo, soy muy terne.

ENRIQUE.

Obrais como debeis, caballero... pero os negásteis á concederme el plazo que os pedí, y...

VETWER.

Hice perfectamente, si señor, muy bien.... ¿Qué hubiera ganado en último caso?

ENRIQUE.

Hubiérais ganado mucho, porque quizá algun dia me habria sido posible pagaros lo que os debo con el trabajo, la economía, y una completa reforma.

VETWER.

¡Con la reforma!... caballero... á otro perro con ese hueso... ¿Reforma, he? No seré yo el que me deje engañar con esa palabra... Antes de venir á vegetar aquí... en esta provincia, era yo perfumista de París, y ganaba veinte y cinco mil francos todos los años... pero tenia un vecino que ganaba cuarenta, un vecino que era perfumista de la corte... Entonces quiso el diablo que pasara la reforma por mi calle, y sin enterarme antes de lo que aquello queria decir, empecé á gritar con tantos otros: ¡Viva la reforma!... ¡que viva!... y al otro dia ya tenia república... y al siguiente mi tienda estaba vacia y mi caja tambien.... Desde aquel momento no hubo medio de vender un par de guantes, ni una pastilla de *patchouli*, ni un frasco de agua de Portugal, ni un paquetito de pasta de almendras, ni... nada, á ese pueblo rey, á esas magestades que no se lavan nunca las manos.

ENRIQUE.

¿Y quién os habla de política? ¿A qué viene mezclarla en nuestra conversacion?

VETWER.

¡Bien á mi pesar la mezclo!.... ¿Pues qué? ¿no fueron ellos los que me llamaron infame capitalista? ¿no fueron ellos lo que gritaron: mueran los ricos? ¿no fueron ellos los que me obligaron á iluminar mi tienda, que quieras que no?... Este fué el motivo porque dejé á París, y porque vine á establecerme en esta provincia; y si hasta aqui he sido demasiado fácil, demasiado crédulo, demasiado babioca, os aseguro que ya no volveré á comulgar con ruedas de molino. Soy un buen hombre á carta cabal; pero como tengo muger é hijos, y veo tantas picardias, me precipito; digo mal... me desboco, y me considero capaz de comerme á un hombre lo mismo que á un bartolillo... ¿Habeis entendido?... Asi soy yo; muy terne.

ENRIQUE.

Y yo que os creia moderado...

VETWER.

¡Moderado, si señor, moderado como es preciso serlo en el dia!... ¡Moderado frenético!... ¡Moderado rabioso!... Yo que antes no me mezclaba en nada, me mezclo ahora en todo; yo que no iba antes á las elecciones, no falto ahora á ninguna; y si llegase á ser representante... si llegase á ser representante, el primer uso que habia de hacer de mi iniciativa parlamentaria, seria presentar una proposicion pidiendo, que se rompiera la crisma á todas las personas honradas que procuran no meterse en nada... que se pusiera fuego á sus casas... y que se hiciera chicharrones de todos los enemigos del orden, empezando por los que me deben algun dinero.

ENRIQUE.

Ya veo que no hay medio posible de que nos entendamos. Por un instante acepté con entusiasmo el pensamiento de consagrar mi vida entera á saldar mis deudas con vos y con todos mis acreedores, entregándoos diariamente el fruto de mi trabajo... pero puesto que no quereis que sea así... apelaré á otro medio.

VETWER.

¿Qué es lo que quereis decir con eso?

ENRIQUE.

¡Que ya nada me impedirá partir!

VETWER.

¡Partir!... ¡Tomar las de Villadiego!... ¡Que si quieress!

ENRIQUE, sonriendo.

En vano os esfórzareis por impedirlo... Por lo demas haced cuanto querais de mi y de mis bienes... sois dueño de todo.

VETWER.

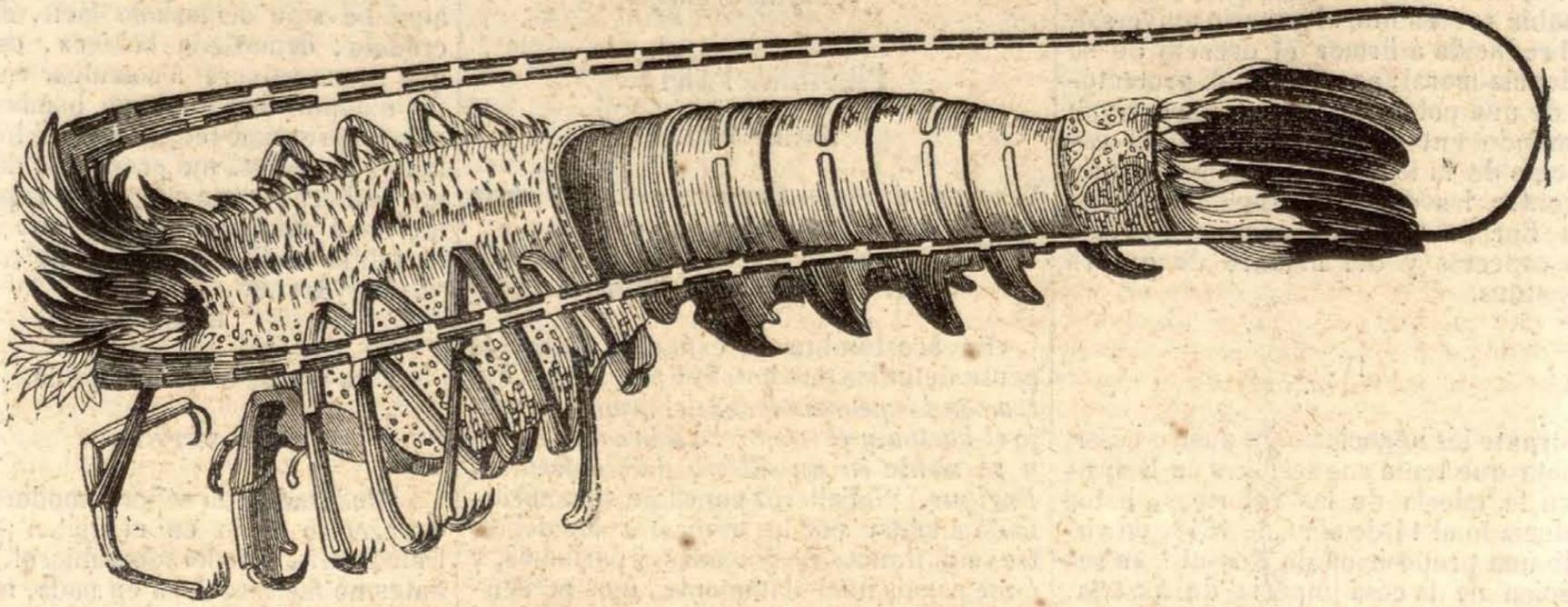
¿Qué quereis darme á entender?

ENRIQUE.

Que estoy conforme... que apruebo de antemano todo lo que hagais.

(Sigue á la página 30.)

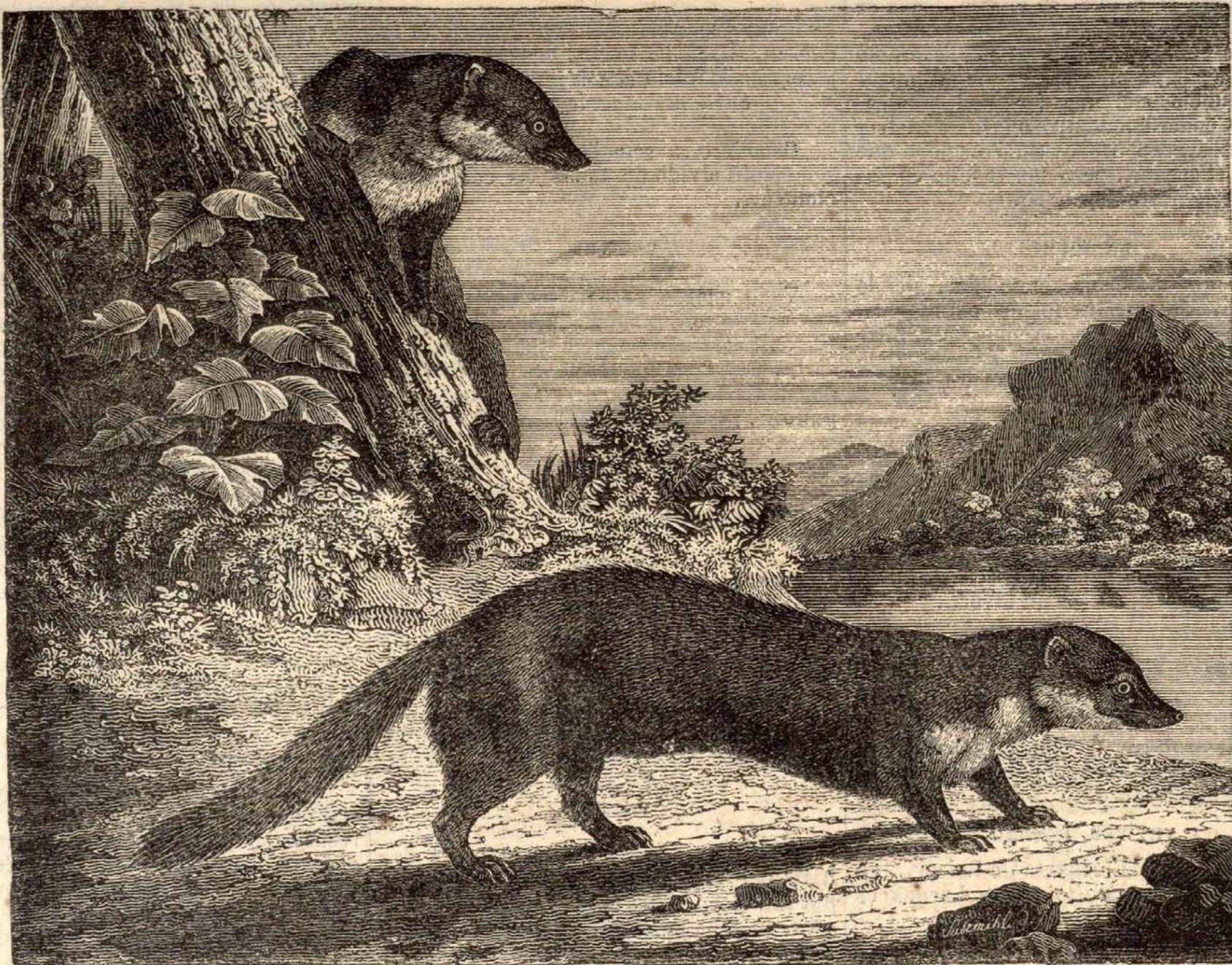
# HISTORIA NATURAL.



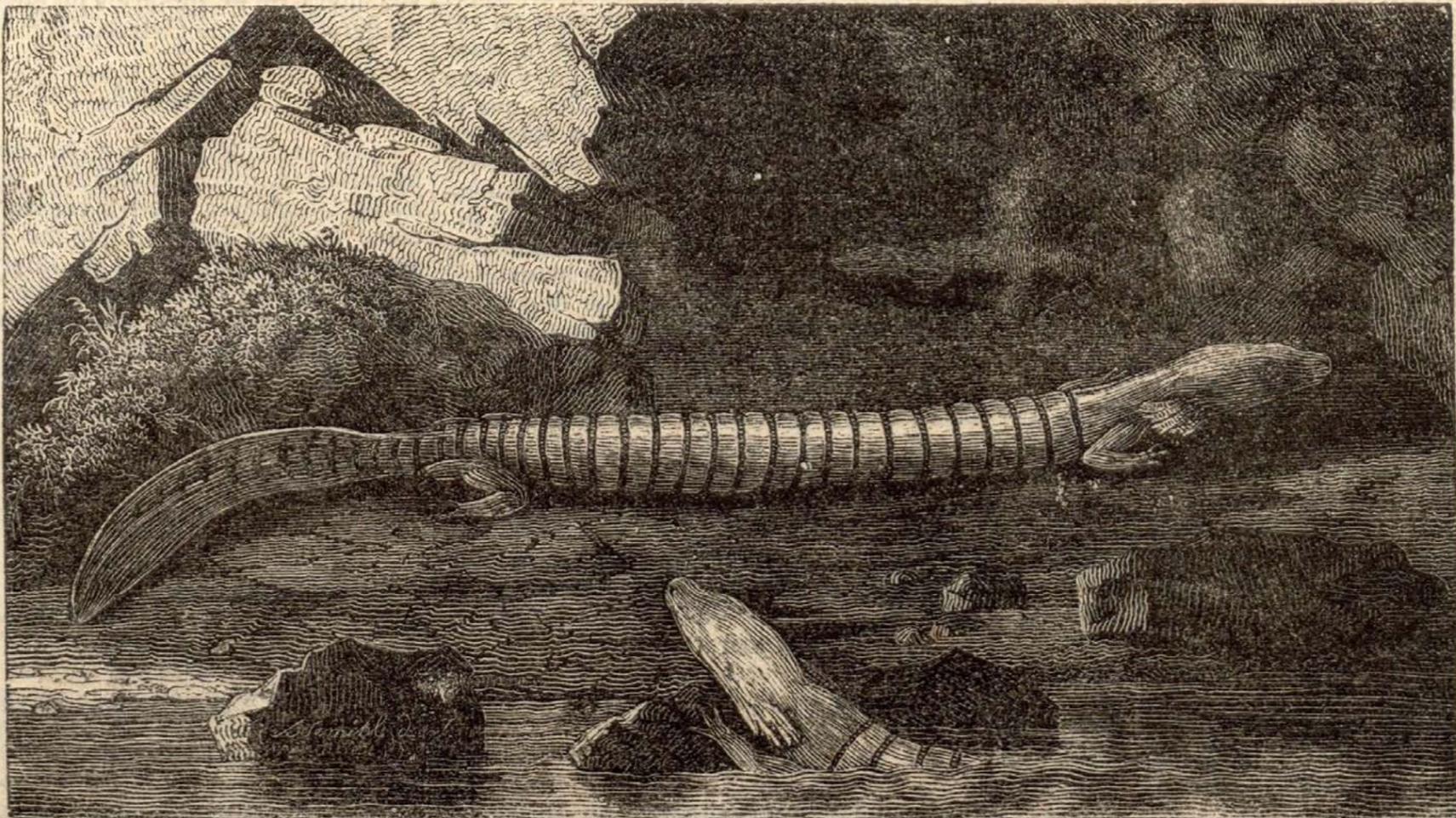
La largosta.



El aye aye.



La marta zibelina.



Proteo anguiliforme

VETWER, *montado en cólera.*

¡Pues yo no lo apruebo! Ese aire de tranquilidad y de resignación me disgusta soberanamente. Cuando yo me enfado, quiero que todo el mundo se enfade... que se insubordine... porque eso alimenta mi cólera y la renueva... Esto es precisamente lo que sucede en mi casa, donde mi mujer se pronuncia con una facilidad admirable... y como encuentro oposición... hay gritos, desvergüenzas, y cada mañana que tiembla el credo... pero con vos, no es posible ese honesto desahogo.

ENRIQUE.

¿Por qué me habia de enfadar, siendo como soy de vuestra misma opinión?... Conozco que os asiste derecho para dirigirme las más duras y crueles reconvencciones, y por lo tanto no solicito respiro ni gracia.

VETWER.

¿Y si yo quisiese concederos ambas cosas?

ENRIQUE.

Las rehusaria, y solo abusaria de vuestra bondad para pedir os un favor...

VETWER.

¿Cuál?

ENRIQUE.

Que esta tarde ó mañana hiciérais llegar esta carta y este paquete á su destino por conducto seguro.

VETWER, *leyendo.*

«A la señorita Enriqueta de Roissy... en Laruns...» (*En voz alta.*) Este Laruns es el que está en los Pirineos?

ENRIQUE.

Si señor... ¿Por qué haceis esa pregunta?

VETWER.

Porque pasando por ese pueblo, hará unos veinte años hice conocimiento con un hombre excelente que se llamaba de Roissy... un médico...

ENRIQUE.

¿El señor Melval de Roissy? Era mi padre...

VETWER.

¿Vuestro padre?... ¿Y por qué no usais vos el mismo apellido?

ENRIQUE.

Porque el de Melval me ha parecido suficiente. En cuanto al de Roissy, que es el nombre de la aldea en que nació mi padre, y que todos le daban para distinguirlo de sus hermanos, tenía cierto sabor señorial de bastante mal gusto y un sí es no es espuesto en tiempo de república, por lo que me pareció conveniente dejarle. Por otra parte eso no os importa nada, y con tal que Enriqueta, mi pobre hermana, reciba por vuestro conducto ese último recuerdo...

VETWER, *observando á Enrique que acaba de dejarse caer á plomo en un sillón y que oculta la cabeza entre las manos.*

¡Ese último recuerdo!... ¿Qué significa

esto? Ese aire consternado... ese rostro descompuesto... me causan miedo... y aunque uno sea una fiera... (*Rompe con mano trémula el sobre de la carta que Enrique acaba de entregarle.*)

ENRIQUE *que vuelve en aquel instante la cabeza, descubre lo que pasa, se levanta y corriendo hácia él con indignación, procura arrancarle la carta.*

Caballero... semejante indiscreción... semejante olvido de todas las consideraciones...

VETWER.

Todo cuanto poseis me pertenece... vos mismo me lo habeis dicho. (*Leyendo.*) ¡Cielos! «Cuando llegue á tus manos esta carta, hermana querida, ya habré dejado de existir.» (*Con cólera.*) Poco á poco, amigo... ¡Eso lo veremos!

ENRIQUE.

¿Qué quereis, decir?

VETWER.

Que no sucederá lo que pensais, caballero, que hay una justicia en este mundo y que no os matareis.

ENRIQUE.

¿Y quién podrá impedirlo?

VETWER.

¿Quién?... Yo, ¡voto al chápulo! que haré por vos, lo que vuestro padre hizo por mí, porque habeis de saber que si vivo se lo debo únicamente á aquel hombre digno y honrado que me tuvo tres meses en su casa y que me asistió y curó con el mayor interés, cuando yo era un pobre diablo que no tenía con que pagar la compostura de las chuletas que me rompí, y de las narices que me aplasté, al rodar como una pelota por la falda de vuestras pintorescas montañas. Y no paró aquí, sino que tengo sospechas de que cuando estuve bueno, me deslizó algunos escudos en el bolsillo para que pudiera continuar mi camino, sospechas fundadas en que al caer no llevaba un franco en el bolsillo, y como no fuera, lo que es bastante difícil, que el nada gracioso traje que yo usaba entonces hubiera pertenecido á algun inglés... (*A Enrique que se preparaba á interrumpirle.*) ¡Ea, dejadme concluir!... Ya os he dicho que antes era un necio, un simplete, un Juan Lanas, y aunque en la actualidad he abierto el ojo, no por eso he dejado de ser un hombre tan honrado como el que mas, por lo que deduciendo de vuestras cuentas lo que debo á vuestro padre, con mas los intereses acumulados durante veinte años...

ENRIQUE.

Aun así estaríamos muy lejos de una justa compensación... y yo no quiero recibir nada.

VETWER.

¿Y quién os dice lo contrario?

ENRIQUE.

Es que digo y repito que no quiero recibir nada, absolutamente nada...

VETWER.

Pero al menos me permitiréis hablar de vuestros asuntos y examinarlos juntamente con vos. No me negareis ese derecho ¡qué diablos! aunque no fuese mas que como acreedor... (*Se sienta y obliga á Enrique á sentarse á su lado.*) Es verdad que estais arruinado, pero no sois el único, que tambien lo está la Francia, y así como esta empieza á salir de su tristísima situación, tambien conseguireis salir vos. No creais que procedo á tontas y á locas. Si os abrí un crédito en mi casa, fué porque habia recibido antes los mejores informes. Los abogados de la ciudad y los miembros de la curia me aseguraron que teniais talento, instrucción y elocuencia, medios con los que todavía contais y que bastan para crearos una posición brillante, segun ellos mismos me dijeron. A esto, pues, es á lo que es preciso aspirar, y en lugar de perder el tiempo en las reuniones, conciertos y bailes; en lugar de seguir á las bellas señoras de elevada clase á pie y á caballo ó en coche, permaneced encerrado en vuestra casa, y trabajad... Mientras haya hombres, habrá pleitos... y yo cuidaré de procuraros una numerosa clientela...

ENRIQUE.

¿Vos, caballero?

VETWER.

Si, hombre, que de algun modo he de reintegrarme de mis intereses... Una vez resuelto buscaré negocios y si no los encuentro, armaré camorra con todo el mundo, que desde hace algun tiempo estoy muy terne... Cuando hayais conseguido daros á conocer, y ganar algun dinero... ¿quién sabe? yo tengo una hija morena, que está al frente del mostrador, y se llama Magdalena... buena moza, eso sí... como que es mi vivo retrato... Con la dote que la podria corresponder, si la sociedad legal lo permite habria para pagar una parte de vuestras deudas, y el trabajo consumaria la obra... He aquí como se endereza un hombre, como se sale del abismo, y una vez fuera de él, imitareis mi ejemplo... y tendereis la mano á otros...

ENRIQUE.

¡Ah! caballero... á pesar de vuestra brusquedad, qué de bondad... qué de generosidad atesora vuestro corazón... Pero como hombre honrado que me precio de ser... estoy en el deber de interrumpiros y de manifestar que el enlace que os habeis dignado dejarme entrever es imposible... de todo punto imposible.

VETWER.

¿Y por qué?

ENRIQUE.

Porque amo á otra.

VETWER.

Que será mas pobre que las ratas.

ENRIQUE.

Todo lo contrario, que es inmensamente rica.

VETWER, estrechándole la mano con efusion.

¡Muy bien, jóven modelo! vos al menos pensais en vuestros acreedores... Retiro mi proposicion; mas claro, retiro á mi Magdalena que siempre tendrá pretendientes... No pensemos mas que en la otra, que será sin duda de París.

ENRIQUE, turbado.

Si... si señor.

VETWER.

¿Y cuándo se celebra la boda?

ENRIQUE.

Nunca.

VETWER.

¿Cómo que nunca?

ENRIQUE.

Seríame preciso, para osar únicamente levantar mis ojos hasta ella, un rango, una posicion... que jamás lograré alcanzar.

VETWER.

¿Y por qué no la habeis de alcanzar tan bien como cualquier otro, mayormente encargándome yo de ello? Si yo me empeño en que os eleveis, en que hagais una carrera asombrosa y un enlace brillante... (Enrique hace un gesto de impaciencia.) no por vos, á quien esto debe importar poco, sino por nosotros, acreedores vuestros, interesados en vuestra suerte y accionistas de vuestra fortuna, no creo que nos lo podais impedir. .. ¡Ea! empezad por dar-me la lista de vuestras deudas.

ENRIQUE.

Sobre esa mesa está.

VETWER.

Bien. Ya os podeis marchar.

ENRIQUE.

Es que espero á muchos de vuestros cólegas.

VETWER.

Razon de mas. Yo soy quien debo entenderme con ellos. ¡Buen ánimo! (Tendiéndole la mano.) Vengan esos cinco...

ENRIQUE, estrechándole la mano con efusion.

¡Ah, caballero!

VETWER.

No hago ni mas ni menos que vuestro padre el dia que me ayudó á levantarme.

ENRIQUE.

¡Ah! ¡es que vos hareis mas todavia!...

VETWER.

¡Tanto mejor! Ya veis que los parisien-ses no son tan malos como parecen. (Enrique sale por la puerta de la derecha y Vetwer se dirige á abrir la del fondo.)

ESCENA IV.

VETWER, ZACARIAS.

VETWER.

¡Hola! Es Zacarías, el honrado mercader de caballos.

ZACARIAS.

El mismo, buen Vetwer. Por lo visto me has cogido por la mano.

VETWER.

¿Tú vendrás por el importe de cierta cuentecita, eh?

ZACARIAS.

Creo que nos trae el mismo objeto.

VETWER.

Precisamente ¡cómo que se me deben tres mil francos!

ZACARIAS.

Pues á mi cuatro mil.

VETWER.

Que no verás nunca porque hay una nube de acreedores... y sino entretente en contarlos. (Le dá la lista que tenia en la mano.)

ZACARIAS.

¿Será posible?

VETWER.

Sigue leyendo que aun hay mas.

ZACARIAS, recorriendo la lista.

No hay otra cosa que acreedores en este pais...

VETWER.

En cuanto al activo... nada al presente y sobre poco mas ó menos el mismo capital en el porvenir... Como que no hay la menor esperanza... ¡Ni siquiera un tio paralitico!

ZACARIAS.

¡Pues bien! ya que no puedo cobrar me gozaré en tener encerrado á ese gallardo mancebo hasta que se apolille.

VETWER, entregándole la carta que Enrique escribia á su hermana.

¡Ni aun eso te se concede por ahora!... Está resuelto á agujerearse el cráneo de un pistoletazo... No creas que te engaño... lee.

ZACARIAS.

Vaya que el tal deudor es impalpable. (Leyendo.) ¡Qué indignidad!... ¡qué desvergüenza!... ¡qué olvido tan completo de consideraciones!...

VETWER.

Y sin embargo, es un jóven honrado que solo desea pagarnos.

ZACARIAS.

Eso dicen todos... pero ¿dónde están los medios?

VETWER.

Los tendria... siempre que tú quisieses....

ZACARIAS, vivamente.

Tanto valdria preguntarme si quisiera ser pagado...

VETWER.

En nuestra mano está, merced á una bellissima combinacion que se me ha ocurrido, hacerle adquirir antes de cinco años una fortuna de ocho mil libras de renta.

ZACARIAS.

¿Y cómo?

VETWER.

¡Escucha! Al verle esta mañana tan probo y tan campechano, pensando solo en su educacion y en su talento... porque has de saber que es un abogado de mérito, que tiene el don de la palabra... dije para mis adentros... puesto que se acerca una eleccion...

ZACARIAS.

Es verdad...

VETWER.

Nada mas acertado que nombrar representante á nuestro deudor...

ZACARIAS.

¿Lo has pensado con madurez?... Mira que he leído últimamente que los representantes están dispensados de pagar sus deudas...

VETWER.

No hagas caso...

ZACARIAS.

Que la asamblea... les habia concedido esa comodisima exencion... y que las familias tronadas ó numerosas tendrán siempre de derecho un representante que se encargará de todos los gastos de la casa:

VETWER, levantando los hombros.

No hagas caso, te digo...

ZACARIAS.

En vista de esto no vendo hace tiempo un solo caballo... sin preguntar antes al que trata de comprarlo... ¿sois representante?... Y no creas que me doy por satisfecho con su respuesta, sino que es preciso que me dé las pruebas necesarias, y que me exhiba los correspondientes documentos, sin cuyos requisitos no hay tu tia.

VETWER.

Tranquilízate... acaban de variar eso completamente.

ZACARIAS.

¿Cuándo?

VETWER.

Hace muy poco tiempo y con la mayor urgencia, porque la Asamblea nacional no encontraba un solo prestamista. Por lo tanto yo te respondo de Enrique Melval.

ZACARIAS.

Eso es diferente. (Reflexionando.) Ya

que en la actualidad no es nada, y que gracias al cielo, tampoco podrá ser nunca...

VETWER.

Inviolable...

ZACARIAS.

Me tranquilizo del todo... y con tu garantía será representante.

VETWER, con viveza.

Vaya si lo será, tanto mas cuanto que solo tiene por adversario á Mr. Desgravilliers, que se va haciendo viejo y que no montará ya á caballo. ¿Es parroquiano tuyo?

ZACARIAS.

Buenas y gordas... nunca me compra nada.

VETWER.

Al pasó que Mr. Melval...

ZACARIAS.

¡Me compró seis caballos el mes último!... Bien es verdad que no los paga.

VETWER.

Pero los pagará... eso depende de nos-

otros. Su eleccion está asegurada si nos ponemos todos de acuerdo... y si en cada uno de los cuarteles de la ciudad le elogiamos, ensalzamos su mérito y hablamos en su favor á todas horas... Felizmente, como son tantos los acreedores...

ZACARIAS, mirando la lista con aire triste.

Ya lo creo... ¡demasiados!

VETWER.

¡Es cierto!... pero en fin, puesto que ha hecho lo que ha podido ese pobre jóven, hagamos nosotros lo que él... Yo corro á suspender los pasos que estén dando nuestros compañeros, y á ponerles al corriente de nuestro proyecto.

ZACARIAS.

Y yo tambien montaré á caballo con una condicion, y es que el primer acreedor satisfecho he de ser yo.

VETWER.

¡Estás en tu juicio! ¿No te haces cargo de que los que mas han padecido en la última crisis han sido los perfumistas?

ZACARIAS.

¡Pues ya! Los que mas han padecido han sido los mercaderes de caballos, de resultas de los caminos de hierro.

VETWER.

¡No disputemos!... Puesto que el pensamiento es nuestro, á nosotros es á quienes corresponde cobrarnos con el producto del primer año legislativo.

ZACARIAS.

¿Con que dices que son ocho mil francos?... Corriente... Cuatro para mi y tres para tí...

VETWER.

El resto para la masa de acreedores...

ZACARIAS.

Que tendrán ademas derecho al producto de los otros años.

VETWER.

Por este medio nuestro jóven representante hará su negocio.

ZACARIAS, con alegría.

¡Y el nuestro!...

VETWER.

Y hasta el de la Francia... para colmo de felicidad.

(Ambos salen por la puerta del fondo.)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

# BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

## UN PERIODICO GRATIS.

Todos los suscritores de esta empresa, ya sea á las obras ó ya en el concepto de capitalistas, reciben gratis y franco el porte un ejemplar de cada número del *Album pintoresco* que se publica todos los domingos desde 4 de abril, y consta de veinte y cuatro columnas de impresion en igual forma que el presente, papel superior satinado, y grabados de distintas clases. El derecho para recibir el *Album*, se adquiere desde el mismo dia en que empieza á contarse la suscripcion de la BIBLIOTECA.

### A LOS SUSCRITORES DE OBRAS.

1.<sup>a</sup> SECCION. Segun lo ofrecido en los prospectos, el dia 6 se repartió la primera entrega de la *Historia de Cien años* por César Cantú, traducida directamente del italiano con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo, y en los dias 13 y 20, la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> Está en prensa la entrega 4.<sup>a</sup> que se repartirá el dia 27. Cada entrega consta de 40 páginas en 4.<sup>o</sup> mayor y en dos columnas, edicion muy esmerada con caracteres nuevos. Las entregas se dan encuadernadas con una cubierta.

2.<sup>a</sup> SECCION. Se han repartido las entregas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> del *Diccionario Universal Francés-Español* y vice-versa, por Domínguez; y está en prensa la 4.<sup>a</sup> para repartirse el dia 29. Cada entrega consta de 64 columnas de impresion en 4.<sup>o</sup>, edicion muy compacta con caracteres nuevos. Las entregas se dan con su correspondiente cubierta.

3.<sup>a</sup> SECCION. Las entregas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> de la *Casa Blanca*, novela por Paul de Kock, se repartieron el dia 10, 17 y 24 del corriente, y está en prensa la 4.<sup>a</sup> que se repartirá el dia 1.<sup>o</sup> de mayo. Cada entrega consta de 64 columnas de impresion en 4.<sup>o</sup> mayor con grabados.

### AVISO IMPORTANTE.

Cediendo á las repetidas instancias que se nos han hecho por todos los corresponsales, se proroga el plazo para admitir suscripciones con

opcion al regalo, hasta el 30 de abril, advirtiendo que por ningun pretexto se alargará este plazo ni un solo dia mas. El regalo consiste, como ya se anunció, en un ejemplar encuadernado á la rústica del compendio del *Diccionario Nacional de la lengua española*, por Domínguez, obra que nadie puede dar porque somos nosotros los únicos propietarios de la que le sirve de matriz, útil para todo el mundo y cuyo volumen no bajará de 1,200 á 1,600 columnas de impresion muy compacta, en buen papel y caracteres nuevos. Para tener derecho al regalo es preciso adelantar el importe de 40 entregas á lo menos.

## VIAGE PINTORESCO

EN LAS

## CINCO PARTES DEL MUNDO.

Está en prensa el prospecto de esta interesante obra, que tendrá mas de 800 grabados de vistas, monumentos, trages, usos y costumbres de todos los paises del globo. Tambien estamos preparando y se anunciará muy pronto la publicacion de una

## HISTORIA DEL PARTIDO CARLISTA

Y DE LA

## ÚLTIMA GUERRA CIVIL.

Con retratos, mapas y documentos inéditos del mayor interés.

MADRID; 1852.—Establecimiento Tipográfico de Mellado.